

XIII. EL NEXO TRANSFRONTERIZO: IDENTIDAD ATLÁNTICA EN LAS LETRAS CANARIAS

Ramón Díaz Hernández y Josefina Domínguez Mujica
(Universidad de Las Palmas de Gran Canaria)

Por su posición geográfica a Canarias le correspondió desempeñar un especial protagonismo en la conquista de América e igualmente en el posterior desarrollo del tráfico comercial y el poblamiento de las tierras indianas. Como señaló Morales Padrón, a las Islas Canarias se les ha atribuido un papel destacado en la conquista americana, ya que estas supusieron, en realidad, el primer experimento ultramarino que Europa necesitó realizar antes de emprender su expansión definitiva.¹ Por lo tanto el Archipiélago fue, desde su integración a las monarquías ibéricas de finales del siglo XV, una plataforma geoestratégica a través de la cual se gestionó toda una compleja red de aspectos militares, económicos, administrativos, sociales, evangélicos, lingüísticos y culturales.²

Desde entonces, la relación cultural entre Canarias y América ha sido de «ida y vuelta», es decir, ha seguido una orientación bidireccional. Es lo que Manuel Alvar describe como doble proceso de «adopción» y de «adaptación».³ Así, el habla canaria está emparentada con los distintos dialectos del español en América Latina, tanto en lo que respecta a la pronunciación como al léxico. A su vez, en el terreno literario es notorio el número de trabajos que ha visto la luz en ambas orillas atlánticas; investigaciones en las que

1. Morales Padrón, 1956.

2. Pérez Vidal, 1955.

3. Manuel Alvar, 1990.

bien de forma directa o bien a través de fuentes indirectas, o de manera referencial, Canarias está presente en América y América lo está en las Islas. Ambas realidades geográficas han formado parte de un mismo devenir histórico en un proceso continuo de mutuas e intensas interrelaciones.

Además, la cultura canaria ha tenido un especial protagonismo en la construcción de determinadas identidades nacionales, como la cubana, puertorriqueña, venezolana, o la uruguaya, siendo isleños los fundadores de ciudades como Montevideo (Uruguay) o San Antonio de Texas (EE UU). Pero no menos importante es lo que ha recibido de aquellas tierras pues ha heredado de Latinoamérica una gran cantidad de manifestaciones y gustos culturales, principalmente a través del fuerte vínculo migratorio. Nos referimos a todo aquel bagaje que en su retorno, o en sus infinitos contactos, el emigrado va introduciendo en las Islas.⁴

El continuo trasiego de barcos y gentes entre los puertos americanos e isleños trajo consigo la adopción de todo aquello que era considerado de interés no solo en el terreno económico, sino también en el musical, gastronómico o artístico; en las costumbres, en la arquitectura o en las influencias literarias y lingüísticas. Lo mismo ha sucedido con el comercio que trajo *papas*, *boniatos* o *batatas*, *tomates*, *maíz (millo)* y *tabaco*, además de *nopales* o *tune-ras*, *pimenteros peruanos*, *cueros* o *cacao*. También se incorporaron nuevas frutas como las *papayas*, *mangas*, *chirimoyas*, *aguacates*, *piña tropical* o *guayabas*, consideradas como «frutas tropicales» fuera de las Islas pero que, sin embargo, pierden ese carácter exótico, porque se adaptan perfectamente, debido a las peculiares condiciones climáticas de Canarias.⁵

Estado de la cuestión

La literatura puede llegar a expresar la experiencia de un lugar, a crearlo, a reproducirlo, a representarlo, y todavía más, a hacerlo surgir de las profundidades del imaginario colectivo.⁶ Hay en ese

4. Macías, 1994, 1995 y 2003.

5. Bernal y Macías, 1988.

6. Llarena, 2007.

sentido una estrecha relación entre narración y descripción en la obra literaria. Por ello, los textos literarios con referencias espaciales constituyen una interesante vía de conocimiento geográfico,⁷ una valiosa fuente de información, una forma de entender las relaciones entre los hombres y sus paisajes en la que prevalece la dimensión empática de las emociones y los sentimientos.⁸ La literatura de la memoria, tanto de los espacios naturales como de los transformados por la acción humana, ha inmortalizado escenarios en donde los territorios aparecen como lugares vividos y sentidos. Es en definitiva lo que denominamos paisajes de la imaginación y de la memoria, de la literatura y de la vida.⁹

La literatura canaria de los siglos XVI al XX es una preclara atalaya desde la que se puede entender, además del propio entorno insular, el nuevo mundo atlántico y americano, al constituirse en el eslabón fundamental que asegura la continuidad en la búsqueda incesante de paisajes, personajes, hechos, símbolos y mitos. En un contexto inicialmente dominado por el espíritu renacentista, hasta muy avanzado el siglo XVI, y después, con la nueva mentalidad de la ilustración, se abre una larga etapa histórica en donde se afianza el poder colonial y la burguesía comercial. Es también el momento en que se inician las pugnas entre liberales y conservadores, entre absolutistas y reformadores.¹⁰ Este cruce de influencias cuenta como transfondo con el espejo de una América que, además de las controversias referidas, se debate entre revolución e independencia en el momento de auge del sentimiento nacionalista. Con todos estos ingredientes se produce en los creadores canarios un variado caldo de cultivo en el terreno estético, temático e ideológico, que les lleva a ofrecer creaciones escritas bajo el influjo de dispares tendencias, en las que se desdibujan e hibridan los cánones postclasicistas, prerrománticos y románticos, modernistas y regionalistas. En medio de todo ello pervive un afán secular por conocer lo que sucede en el exterior. Así, cuando se implanta la imprenta a fines del siglo XVIII y se produce la expansión del género periodístico, reconocemos en

7. Frolova y Bertrand, 2006.

8. Besse, 2010; Bédard y Lahaie, 2012.

9. Ortega Cantero, 1987, 1999 y 2007.

10. García Ramos, 1993.

El Atlante (1837-1839) y *La Aurora* (1847-1848) buenos ejemplos de la prensa de signo combativo, propia de la tendencia romántica, mientras que *La revista de Canarias* (1878-1882) y *La Ilustración de Canarias* (1882-1884) destacan por su carácter positivista. Todas ellas se proponían una ambiciosa labor de divulgación cultural, acogiendo colaboraciones extranjeras de clara vocación americanista.¹¹ En sentido complementario, en la literatura popular canaria se reconoce un gran número de cantos importados de tierras americanas,¹² haciendo cierto el dicho popular de «Canarias tiene su cabeza en Europa, sus pies en África y su corazón en América».

Objetivos del presente trabajo

En la producción literaria de los autores canarios hemos encontrado abundantes referencias al paisaje y al paisanaje americanos tan interesantes y precisas que es posible conocer, a través de ellas, los postulados estéticos y éticos que se compartieron a uno y otro lado del Atlántico. Pero, además, hemos encontrado una manera de percibir el paisaje que excluye toda idea de percepción directa. Diríase en propiedad que lo que aparece en estas obras, más que una visión temporal del paisaje, es una «memoria del paisaje» como testimonio de un momento concreto,¹³ una entremezcla de sensaciones y ensueños que alimentaron recuerdos de una gran fuerza descriptiva, tal como lo expresa Armas Marcelo: «Un escritor no puede estar despaisajado ni abstemio. Tiene que sentir esa euforia química que le haga definir lo que está viendo».¹⁴

El intercambio de pareceres atlánticos rompió los tópicos que lastraron la comprensión de cuanto sucedía en América Latina, un territorio que se veía como un objeto exótico; como espacio de actuaciones de colonizadores brutales; de misioneros, etnógrafos y mercaderes, y de toda clase de organizaciones caritativas de ambiciones contrapuestas y no siempre confesables. La mirada de Hispanoamérica en esta orilla oriental del Océano fue una imagen

11. Armas Ayala, 1984; Artiles, 1975.

12. Pérez Vidal, 1944.

13. Broseau y Cambron, 2003.

14. Armas Marcelo, 1998.

más real, moderna y seductora, aunque no exenta de una calculada carga de subjetividad. Dicha imagen, de la que nos valemos en este artículo, añade aliento geográfico y (re)humanizador a la investigación y la docencia de nuestra disciplina.

Fuentes y metodología de análisis

En la línea de la interpretación subjetiva del paisaje y de la sociedad americanos, se procede a realizar un acercamiento a las obras literarias más significativas de los autores canarios, tanto en lírica, como en la prosa y los ensayos, enfatizando los posibles hechos objetivos en los que se inspiraron. En dicha bibliografía se seleccionaron y analizaron aquellos pasajes que aludían a elementos geográficos americanos. Se estableció, en primer lugar, una clasificación de dichos textos, por temáticas (descripción fisiográfica, geobotánica, climática, migraciones, desarrollo urbano, paisaje agrario, actividades económicas, relaciones comerciales, controversia de la emancipación, la era de la poscolonización, etc.). Las agrupaciones temáticas se analizaron cronológicamente, siguiendo diferentes criterios en función de la importancia conferida a los hechos narrados por sus propios autores, su impacto social y también según la finalidad que trataban de alcanzar con dichas referencias. En definitiva, la investigación propuesta, desde una perspectiva geográfica (que no literaria), se centra en el análisis del desarrollo de la percepción empática de América y del Atlántico en las obras y autores estudiados.

Tanto la dimensión latinoamericana como la atlanticidad suponen un manifiesto interés por lo que acontece en la otra orilla del Océano, al tiempo que manifiestan una seducción por lo exterior y una ruptura con la secular tradición ensimismada y reduccionista de la insularidad. Del análisis y la valoración de los resultados se aprecia cómo las narraciones, descripciones e informaciones nos muestran la utilidad de la literatura como instrumento de conocimiento integral del espacio geográfico.

Los autores canarios suelen incluir en sus obras referencias americanas hayan estado o no en aquellas tierras, debido a la fuerte ascendencia que ejercían en la cultura de las Islas los frecuentes intercambios y la intensa relación entre ambas orillas del Océano. Por ejemplo, en *El Abuelo* (1897), Galdós, aunque nunca estuvo

en América, habla de las minas de oro de Hualgayoc y de la ruina familiar y económica de su propietario, como metáfora de los peligros inherentes a la explotación de las riquezas americanas. Otro ejemplo nos lo proporciona Tomás de Iriarte en su comedia moral *El señorito mimado o La mala educación* (1783). En ella, uno de sus protagonistas, don Cristóbal, que «ha llenado sus talegas en México», nos introduce de lleno en la leyenda del indiano.

En cualquier caso, no ha sido fácil realizar una selección de textos literarios que hagan mención al imaginario socioterritorial americano, a su geosimbolismo, así como a las vidas y ensoñaciones de la gente común, porque dichas referencias son cuantiosas en las obras de autores isleños. En ellas apreciamos un oído minucioso para captar los nombres de las cosas y de los hechos, del medio natural y urbano, de las plantas y de la avifauna, así como de los matices de los sucesos históricos acaecidos y del habla empleada para narrarlos, en Canarias y América. Este ideario, más allá del refuerzo de la atlanticidad y la americanidad del Archipiélago, contribuyó a dinamizar la vida cultural, política, económica y social de ambos territorios.¹⁵

Imaginario americano en los autores canarios

El perpetuo trasiego del ir y venir convierte a los canarios en América en ciudadanos de fácil adopción y de dicha integración deriva, a la inversa, la facilidad con la que se asimilan patrones culturales americanizados en el Archipiélago. Tal vez por ello, resulte difícil encontrar un autor canario que no haya escrito algo sobre las Américas Hispanas y, de entre esos muchos que pudieran mencionarse, hemos elegido a Silvestre de Balboa, José de Viera y Clavijo, Tomás de Iriarte, Graciliano Afonso, Antonio Pereira Pacheco, Benito Pérez Galdós, Aurelio Pérez Zamora, Mercedes Pinto, Luis F. Gómez Wangüemert, Nicolás Estévez Murphy, Amaranto Martínez de Escobar, Juan Francisco González, los hermanos Luis y Agustín Millares Cubas, Luis Álvarez Cruz, Diego Crosa, Rafael Bento y Travieso, Agustín Millares Carlo, Agustín Espinosa García y Pedro Lezcano Montalvo.¹⁶

15. Armas Marcelo, 1987.

16. Rodríguez Padrón, 1983; Alonso, 1991.

La obra de alguno de estos autores se conoció tardíamente o de forma parcial en Canarias, tanto por las dificultades de difusión de los textos publicados en América o en la Península, como por el hecho de que la imprenta no se introdujo hasta finales del siglo XVIII en las Islas. A otros se les conoció a partir de ese momento, e incluso más tarde, como a Pereira Pacheco, cuyos manuscritos se publicaron una vez iniciada la segunda mitad del siglo XX. Nicolás Estévez, a su vez, editó buena parte de su obra en París, mientras que la poesía completa de Silvestre de Balboa se difundió a principios del siglo XX, a través de ediciones cubanas, cuando el autor la había escrito a principios del siglo XVII.¹⁷

En los textos escogidos prima una gran diversidad de estilos e influencias, pues nuestros autores cultivan todo tipo de géneros literarios, desde prosa, poesía, ensayo, ciencia y comedia, hasta el periodismo y el intercambio epistolar. Una parte de ellos residió en el Nuevo Mundo durante una temporada; algunos otros vivieron en aquellas tierras la mayor parte de su vida (Silvestre de Balboa, Graciliano Afonso o Luis F. Gómez Wangüemert). Pero hay otros que, como ya hemos mencionado, no estuvieron allí (Viera y Clavijo, Tomás de Iriarte o el propio Galdós) aunque asumieron e interiorizaron la americanidad.

Naturaleza y sociedad americanas en las letras canarias

El primer escritor canario en cuya obra se hacen referencias geográficas a América es Silvestre de Balboa (1563-1649), que nació en Las Palmas de Gran Canaria y se radicó en Cuba desde finales del siglo XVI, donde escribió *Espejo de Paciencia*, la obra por la que se le conoce. Se trata de una composición en octavas reales, escrito en 1608, en donde narra el suceso histórico acaecido en 1604 en el oriente cubano, el secuestro y rescate del obispo de la Isla (fray Juan de las Cabezas Altamirano) por el corsario francés Gilbert Girón y la gesta de su liberación por los habitantes de Bayamo, al mando del español Gregorio Ramos. La composición mencionada presenta claras influencias de los poemas épicos del renacimiento y está considerada la más antigua que se

17. Millares Carlo y Hernández Suárez, 1977.

escribió en Cuba,¹⁸ si bien, el elemento canario destaca en la misma, no solo porque el propio autor lo manifiesta reiteradas veces («de Canarias [son] Palacios y Medina»), sino también porque es resalta-do como tal, en varios de los seis sonetos laudatorios que preceden al relato. Se trata, en efecto, de poesía cortesana cuyo estilo clásico y refinado utiliza para describir una epopeya que, en cierta medida, desvela un trasfondo de las tensiones internacionales del momento. También se refleja cómo el rapto del obispo por el corsario francés, de confesión luterana, no solo tiene que ver con el clima de inseguridad que se había adueñado de las aguas atlánticas por el contrabando y la piratería (una persistente amenaza a la monarquía española), sino que, además, se insertaba en el contexto de la guerra desatada entre luteranos y vaticanistas.

En tono artificioso, característico de la poesía épica áurea, el poeta nos ofrece una descripción alimbarada y subjetiva del paisaje geográfico del oriente de la isla. En ella, un carrusel de personajes mitológicos desfila alegremente, resaltando con ritmo y colorido la feracidad de una tierra paradisíaca y rebosante de insólitos frutos y exaltando, igualmente, la exuberancia de la fauna, la flora y la policromía tropical: semicapro de los montes trayendo guanábanas, gégiras y cainitos; napeas de los prados cargando al hombro pisitacos y bateas de flores olorosas de navaco, mehi y tabaco, mameyes, piñas, tunas y aguacates, plátanos y mamones y tomates; hamadriades bajando de árboles con frutos de sigüapas y macaguas y muchas pitajayas olorosas; dríadas de los bosques ofreciendo birijí y jaguas; náyades saliendo de los ríos con mucho jaguará, dajao y lisa, camarones, biajacas y guabinas; efe-dríades brotando de las fuentes con sus sienes coronadas de verbenas; luminíades de los estanques regalando jicoteas de Massabo y hermosas oréadas de las selvas y montañas ofreciendo muchas iguanas, patos y jutías; centauros y silvestres sagitarios llevando diversas alimañas cazadas en las llanuras de la fértil Yara.

En el poema aparecen topónimos como Cuba o Fernandina, Puerto Manzanillo, Yara, Puerto Príncipe, Bayamo, Massabo, Managua (lugar del que precisa que es «ameno sitio, rico en labranzas»), Acaya, Haciendas de Parada, Jamaica, La Florida, Sevilla, Barcelona,

Gran Canaria, la fértil Moya... Se describe, pues, un territorio en expansión colonizadora en el que personajes reales labran la tierra, establecen cabañas ganaderas y bohíos y se incluye hasta la figura de un tal Gaspar Mejías, que descubrió minas en la sierra. Balboa nos muestra una incipiente sociedad insular que se va amalgamando a través del crisol de una aglomeración variopinta de etnias, donde al componente indígena se le agregan negros, portugueses, españoles, milaneses y «negritos criollos».

Es de destacar el carácter antiesclavista del poeta puesto que no solo desvela sus simpatías por los sumisos, sino que se deshace en elogios hacia el combatiente negro que alcanzó la gloria de abatir al líder de los piratas franceses. Señala Cruz Taura que este poema fue descubierto y editado parcialmente en 1838 por el periódico *El Plantel* y las *Memorias de la Sociedad Patriótica* de La Habana, coincidiendo con un contexto en el que emerge el nacionalismo romántico de corte secesionista cubano.¹⁹

La «americanidad» es un rasgo distintivo del ilustrado Joseph de Viera y Clavijo (Los Realejos de Tenerife, 1731-Las Palmas de Gran Canaria, 1813). Viera, desde sus primeros pasos, y sin haber estado en las Indias, se sintió fascinado por el mundo americano. Y eso salta a la vista nada menos que en el preámbulo de su obra científica más importante, editada 1776, en donde compara las conquistas de Canarias y América:

Por otra parte, nuestra historia civil es más fecunda en grandes sucesos de lo que parece a la primera vista y sus pasajes políticos tienen un no sé qué de más sólido que de brillante. Es verdad que las famosas conquistas de Méjico y del Perú harán siempre más eco en todo el mundo que las de Canaria y Tenerife. Es verdad también que Cortés y Pizarro serán en la opinión de los hombres más héroes que Vera o Fernández de Lugo; pero ¡ah, si fuese lícito hacer un paralelo riguroso entre los guanches y los indios, entre las fuerzas de las Canarias y de las Américas, entre el impulso que animaba el brazo a unos y otros conquistadores.²⁰

18. Chacón y Calvo, 1922.

19. Cruz Taura, 2009.

20. Viera y Clavijo, reed. de 1982.

Por otra parte, Viera dedicó gran parte de su actividad científica al reconocimiento e identificación del mundo avifaunístico y geológico del Archipiélago, con el objeto de asesorar sobre su utilidad a las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País de Canarias. Fruto del material recogido es su *Diccionario de Historia Natural de las Islas, o Índice alfabético descriptivo de sus tres reinos: Animal, Vegetal y Mineral* con las correspondencias latinas, obra que le ocupó el tiempo que va desde 1790 a 1810 y que fue publicada por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas en 1866. En ella aparecen las referencias a 35 ejemplares de flora y fauna procedentes de América que nuestro autor reconoció como «connaturalizados» en las Islas Canarias.

Un cariz diferente tiene la obra de Antonio Pereira Pacheco y Ruiz (Tegueste, Tenerife, 1790-1858) que brinda una información equiparable a la de cualquier otra crónica de la época en todos sus manuscritos y, especialmente, en *Noticias de Arequipa*.²¹ En sus documentos ofrece tanto datos de interés demográfico, como asuntos

relacionados con la fundación y trazado de las ciudades (figura 1), con las riquezas minerales, la alimentación, los temblores sísmicos, la vestimenta, la agricultura o la música tradicional indígena (figura 2), de acuerdo con las observaciones tomadas durante los siete años de su estancia en Perú (1809-1816), como prebendado de la corte del obispo de Arequipa, Luis Gonzaga de La Encina, durante el reinado de Carlos IV.

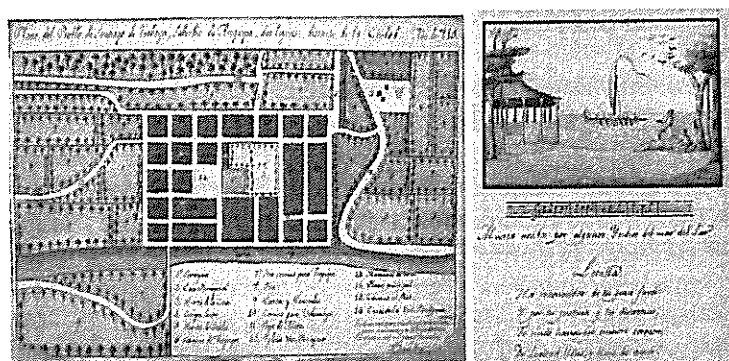
En el siguiente texto, Pereira nos manifiesta sus concepciones estéticas y su percepción del urbanismo arequipeño:

La arquitectura de esta ciudad ha sido levantada siguiendo las pautas de la tradición constructiva, de la improvisación y la funcionalidad, ya que las viviendas son modestas, de una sola planta queriendo así evitar los fáciles derribos que producirían los muchos terremotos que afectan al sector. Casas levantadas con piedra labrada, encaladas, espaciosas, y decoradas con estucos pintados al óleo, aunque su escultura por lo exterior no ofrece ningún gusto.

La influencia isleña en aquella localidad, en donde había sido gobernador el tinerfeño Juan de Mesa y Lugo durante el reinado de Felipe IV, es resaltada por el marqués de Lozoya en los siguientes términos:

Hay en la arquitectura civil peruana otro tipo cuyo origen canario me parece aun más fuera de duda, pues no se encuentra en la Península. Se trata de la casa de Arequipa, situada al pie del Misti, que es, como el Teide, un volcán casi apagado. La casa arequipeña es un cubo de piedra volcánica, con terraza con alto antepecho y que vierte las aguas por un sistema de gárgolas semejantes a una batería de cañones. En la fachada se da la particularidad de que puerta y ventanas están comprendidas en un solo bloque rectangular formado con sillares de piedra. Este tipo de casa, que se extiende por el Sur hasta Tucumán, la he encontrado exclusivamente en el barrio de Vegueta de Las Palmas.²²

FIGURAS 1 Y 2
PLANO DE UN SUBURBIO DE AREQUIPA Y LETRILLA



Fuente: A. Pereira Pacheco.

21. Millares y Suárez, 1979; Carrión Ordóñez, 1983; González Yánes, 2002; Hernández Gutiérrez, 2008.

22. Cit. en Pérez Vidal, 1955, p. 163.

Menor racionalidad y mayor emotividad reflejan las descripciones de los poemas que escribió el sacerdote aruquense Juan Francisco González (1863-1937), cuando regresó de Cuba (*A Cuba en mi despedida en 1897* y *Carta a mi madre*). En ellos relata su vivencia y las percepciones del paisaje cubano. Deja constancia de ello en los términos que emplea: «soberbios palmares; Perla de la Antilla; fértil suelo, acogedor puerto de La Habana; alegres despertares como el cielo; pájaros cantores; dianas y conciertos; guajiras de amores; flores alegres; paseos y huertos; abundancia de frutales; riqueza de aromas; habanos vegueros y hospitalarias playas».

A la dureza del camino, la incertidumbre de la llegada y la alegría de la acogida en aquella añorada «tierra de promisión» dedica el presbítero Francisco González estos versos:

Aquí sin lucha, sin tregua/ con el destino,/ la fortuna no rueda/
por mi camino; [...] De mi vida en el sendero,/ por cualquier
lugar que vaya,/ guardaré de amor sincero/ recuerdo imperece-
dero/ de tu hospitalaria playa./ Desde el día en que emigrante/
a tus puertas llamé, triste/ cual mendigo vergonzante,/ y tú con
dulce semblante/ en tu seno me acogiste./ Te profeso, Cuba
hermosa,/ el mismo tierno cariño/ que a la madre bondadosa,
que me columpió amorosa/ en la cuna cuando niño.

Mucho más rica y menos edulcorada es la información geográfica que reúne en su obra Aurelio Pérez Zamora (Puerto de la Cruz, 1928-Santa Cruz de Tenerife, 1918), probablemente el autor canario más prolífico en relación con la Cuba de finales del siglo XIX. En su novela, *Sor Milagros o Secretos de Cuba*, se mencionan por su nombre, con la precisión de un funcionario de Correos destinado en La Habana, las plazas, calles, establecimientos públicos y privados, palacios, iglesias y conventos, hospitales, guarniciones militares, fábricas de tabacos puros y salas de fiesta, entidades financieras, aduanas, puertos y diques de atraque así como de las numerosas localidades de la isla importantes por su producción de azúcar, tabaco o café. Incorpora en su relato abundantes datos de tipo político-militar, social, económico y religioso y describe, admirablemente, el submundo en donde se urdían conspiraciones de todo tipo y los cenáculos en donde se debatían las influencias y

relaciones con Estados Unidos y España, la seguridad en los mares caribeños, la emigración y reemigración hacia el oeste americano... En dicha novela, Antonio Gonzalga, protagonista de la misma, nos sintetiza en un solo plano su identidad e ideología profundamente enraizadas en el paisaje cubano:

Yo soy cubano —prosiguió—, en mis primeros años fui arrullado y halagado por las brisas bajo las ceibas y los cocoteros; más tarde corrí por las extensas sabanas en briosos caballos, y a menudo volaba por los campos de Cuba en todas direcciones buscando nuevos objetos, y otros aires que respirar. A veces pasaba á nado los ríos; otras, cansado y lleno de aburrimiento, me dormía a la sombra del mamey. Donde menos me gustaba estar era en los cafetales, y sobre todo en los ingenios. La flor del limonero y la esencia de las plantas más aromosas se respiraba a cada paso en el lugar donde nací; pero había una cosa que angustiaba mi corazón y que no podía soportar: la esclavitud.

Casi al final de la novela vuelve otra vez el personaje principal a deleitarnos con una bella relación de un paraje matancero del que dice lo siguiente:

Un domingo, pues, subieron todos á la altura que ya he indicado y que domina la ciudad de Matanzas. Al llegar los extranjeros allí, y entre ellos el catalán á que me refiero, no pudieron menos los más artistas que doblar la rodilla en tierra e inclinar la frente ante la majestad de tanta grandeza; ante el espectáculo divino que se presentaba a sus ojos. Aquella altura tenía una planicie y de allí se veía serpentear graciosamente el Yumurí al despuntar la aurora, rielando en él los rayos del sol nascente de una manera tan maravillosa que sobrecogía el ánimo. El sol en el agua dibujaba allá, lejos, un arco-iris sobre un espejo de plata que figuraba la superficie interrumpida de trecho en trecho por maniguas y arbustos que marcaban perfectamente pequeños islotes...

Otro autor relevante es Luis Felipe Gómez Wangüemert, nacido en La Palma en 1862 y fallecido en La Habana en 1942. Fue un personaje que sobresalió por sus convicciones republicanas, federalistas

y como activo masón y librepensador. Se dedicó al periodismo y fue cronista de diferentes periódicos isleños como *El Tiempo*, *Germina*, *Diario de Tenerife*, *El Mundo*... Emigró con 20 años a Cuba, cuando se desató en Canarias la crisis de la cochinilla de 1873, y se instaló en Guane (Pinar del Río), en donde buscó empleo como docente, para dedicarse, más tarde, al cultivo del tabaco. Suya es esta descripción del Oeste de la Isla:

En 1883 vivíamos en lo alto de la Sierra de los Órganos, en un valle pinareño... Éramos jóvenes, recién llegados, y anhelábamos ganar dinero para cumplir un deber filial y demostrar que podíamos ser útiles. Erróneamente se nos dijo que, después de un brevísimo examen hecho por la Junta Municipal de Instrucción Pública, obtendríamos el título de Maestro de Escuela Rural, y que, vacante una en el Valle, podríamos obtenerla.

Su implicación social salta a la vista en sus relatos sobre la situación del campo cubano: «Cuadro sombrío, doloroso, terrible el que muestran los campos de Cuba. 'La tierra más hermosa que ojos humanos vieron' ofrece, a poco que se fije la mirada... un espectáculo indecible, productor de la más intensa pesadumbre» (...) «En las labores agrícolas de las inmensas fincas sembradas de caña, en los ingenios azucareros y en otras tareas a jornal... un padre de familia, recibe doce centavos como paga de doce horas de trabajo rudo, a pleno sol del Trópico... Esos doce centavos no se le dan en dinero, se le entregan en forma de vale para la tienda del ingenio o de la colonia, en la que el precio de los víveres reduce a seis centavos el valor del pedazo de papel». Inmediatamente después escribe: «Hasta ahora nada indica mejoría en los negocios azucareros; la suerte de Cuba, en esta materia, depende de los Estados Unidos. Hay la esperanza de que el Gobierno del Norte no permitirá el agotamiento económico de Cuba, porque los suyos, los yanquis, son los propietarios de la tierra, son los grandes latifundios... que los cubanos se apresuraron a vender 'porque el americano lo pagaba bien'. Todos desoyeron la voz del ilustre Sanguily, cuando decía: ¡No vendan, que la tierra es la Patria!». De forma aún más explícita se pronuncia en sus escritos periodísticos de 1934: «Este hijo del Norte, capitalista, (Mister Caffery), ya conocido por su conducta en Colombia y otras

Repúblicas, contrario a toda liberación obrera, sin duda entiende que haciéndose mucho azúcar a bajo precio, está resuelto todo. Quizás sea su ideal una Cuba factoría, trabajada por negros jamaíquinos y haitianos, de la que desaparezca el actual régimen y, sobre todo los elementos que se atreven a pedir que las horas de tarea sean ocho cada día laborable y que el valor del jornal permita al hombre que lo rinde, comer algo para poder seguir viviendo y que también alcance a su mísera familia» y, específicamente, en relación con el tabaco, ofrece una visión muy poco optimista: «Fabricantes, almacenistas y cosecheros ponen el grito en el cielo por la merma de sus negocios, pero no se ocupan del vivir mísero del hombre que cultiva la tierra, que siembra el tabaco, que lo cuida, lo corta, lo seca y lo escoge, hasta entregarlo enterciado al comprador que en no pocos casos le hace víctima de sus egoísmos y de algo peor, en contubernio 'con el cosechero' que no cosecha, y si es propietario del terreno, imponiendo rentas tan crecidas, que son como la renta anual de la vega; rentas que constituyen un tremendo abuso, del que nunca se han preocupado los Gobiernos, quizás porque son políticos de influencia los grandes terratenientes, los mantenedores del latifundio».

Mitología del indiano y otras vivencias migratorias

El indiano fue la denominación coloquial que se le asignó al emigrante en América que retornaba rico. Es tal la influencia que ha marcado el fenómeno de la emigración en la sociedad y cultura canaria que existen incluso varias fiestas en honor a los indianos retornados en Santa Cruz de La Palma, La Laguna (Tenerife) o Las Lagunetas de San Mateo. El indiano es pues una categoría social que desde el siglo XVII se ha quedado fijado como un tópico literario, razón por la cual se ha convertido en uno de los temas del imaginario americano que desarrollan los autores canarios.²³ La figura del indiano, como recurrente fuente de inspiración, se hace eco de la historia del emigrante enriquecido, de aquel que logra amasar una fortuna a base de buena suerte, sacrificio y trabajo y que al retornar se siente envidiado o se hace casi siempre benefactor de sus parientes y de los

23. Cabrera Déniz, 2003.

lugares que le vieron nacer. Por lo general, el perfil sociológico de estos indianos es siempre parecido: añoran la tierra americana y se rodean de símbolos en el vestir, en el habla, en sus costumbres y en las casas de estilo colonial que se hacen construir, cuando regresan como triunfadores a su tierra nativa.²⁴

En la obra de Tomás de Iriarte (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1750- Madrid, 1791) nos encontramos con una versión culta de este mito, concretamente en *El señorito mimado o La mala educación*. En esta comedia de estilo neoclásico, que sigue la moda francesa de la época, aparece don Cristóbal, hombre recto, franco y activo, además de noble adinerado por la fortuna que amasó con el cargo que ejerció en Indias. Dicho personaje provoca la envidia de su ahijado y sobrino («si yo pudiera pillarle los patacones de que ha llenado talegas en México»). Este señorito mimado, de conducta errática, despotrica de su tío y tutor desvelando malévolamente el origen de su fortuna: «Yo, por lo común, no tengo/ un cuarto en la faltriquera,/ y vivo alegre; al revés/ del tío: mucha riqueza, /y siempre de mal humor./ Recogió buena cosecha /en Indias, y habrá robado/ de lo lindo...». Al final de sus fechorías el sobrino se arrepiente diciendo: «Tío mío don Cristóbal, así de cada talego/ que trajo de Indias le nazcan/ diez taleguitos pequeños,/ que se olvide lo pasado;/ que me encierre en un convento,/ y no me dé un real de plata/ de aquella herencia que espero,/ si, en casándome con Flora, vuelvo más a ser travieso».

Ahora bien, este imaginario del indiano, que suscita la fascinación del éxito logrado, y del afán que despierta por emularlo, es analizado desde una perspectiva crítica por otros autores, como Diego Crosa y Costa, «Crosita» (Santa Cruz de Tenerife, 1869-1942), cuya obra poética se adscribe a la denominada escuela regionalista. Fueron célebres sus *Ripios*, editados en la prensa tinerfeña, en los que incluye un poema titulado *Diálogo campesino*, que describe de forma pintoresca la relación del lugareño con el indiano y que tan bien refleja, a su vez, el cuadro del pintor palmero Juan B. Fierro,

24. La figura del indiano inspira también a músicos, como Santiago Tejera Ossavarry (1854-1936), que escribió una zarzuela con el título de *El Indiano*, o al prestigioso escritor surrealista Agustín Espinosa, que recopiló una serie de romances de indianos.

titulado Indiano (figura 3). Un extracto de sus versos se reproduce a continuación:

En el camino/ de La Esperanza/ se tropezaron/ una mañana/
chó Justo Montes/ y Antonio Casas./ Este un 'indiano'/ de pura
raza;/ con 'guayabera'/, buen 'jipijapa',/ dijes, sortijas/ y humean-
te 'yagua'./ El otro un 'mago',/ 'cachorra', manta,/ 'cachimba',
yesca,/ calzón, polainas/ y de acebuche/ nudosa vara./ -Felices
días,/ compadre Casas./ -Hola, chó Justo,/ ¿cómo lo pasa?/ -
Muy malamente;/ con falta di agua,/ y yusté, ¿dónde/ dice que
marcha?/ -Voy a mi finca/ de La Esperanza./ -Sus buenas onzas/
trujo de 'Bana',/ 'pa sien disturbios'/ poder mercarla./ -Cuba la
bella/ no es una ingrata;/ con mi 'guajira'/ logré ganarlas/ en un
ingenio/ de Santa Clara./ -¿Y ahora a su nido?/ -Con muchas
ansias./ -Esto da gusto,/ compadre Casas;/ aquí en habiendo/
semilla y agua,/ nos sobre 'gofio'/ sembramos papas/ y un buen
'ayanto'/ nunca nos falta./ -Felices días,/ no más holganzas;/
-Adiós chó Justo;/ 'jasta' mañana...

FIGURA 3
LOS INDIANOS DE JUAN BAUTISTA FIERRO VAN DE WALLE
(1841-1930)



Pero no siempre se cuentan historias de emigrantes triunfadores. Los hermanos Luis y Agustín Millares Cubas (Las Palmas de Gran Canaria, 1861-1926 y 1863-1935) escribieron un cuento ambientado en un barrio de Las Palmas titulado *Carta de La Habana*, en donde se relatan escenas cotidianas del dolor por la ausencia junto a episodios ingratos de la emigración como algo que, por entonces, era bastante habitual en las Islas. Un padre recibe una carta de su hijo junto con nueve onzas de oro y un sombrero de jipijapa por medio del patrón del buque *Virgen de La Luz* que llegaba desde la mayor de Las Antillas. Por no saber leer, la carta se la lee Fray Manuel y decía así: «Padre, esta es para decirle como estoy en una panadería, donde llaman 'artesa cubana' y gano un peso todos los días... Sabrá como me dieron las viruelas y estuve muy fatal y me trajeron la majestad, pero ya estoy bueno... Sabrá como Antofito el de Dolorcitas la que tiñe, se lo encontraron muerto en la calle de una puntada en el corazón. El pobre estaba *jarto* de pasar miserias y Dios le haya salvado».

Otro autor destacado de las letras insulares en el tránsito de los siglos XIX al XX fue Nicolás Estrévanéz Murphy (Las Palmas de Gran Canaria, 1838-París, 1914). En su libro *La Milicia*, obra en prosa editada por primera vez en 1867, introdujo una pequeña narración titulada *El Ultramarino*, en la que describe, con gran exactitud, el controvertido sentimiento de pertenencia de muchos emigrantes, en este caso de un soldado, que vivió en España y América y el propio fracaso de la experiencia migratoria:

Después de haber pasado siete o más años en Cuba, Puerto Rico o Filipinas lamentando la suerte que tan alejado le tenía de la madre patria, censurando las costumbres de aquellos países, hiriendo susceptibilidades y provocando disgustos, regresa a España contento y descolorido, llamando pesos a los duros, contando por onzas aunque no traiga una para muestra, y refiriendo cada cosa de los Estados Unidos o del Japón, aunque no haya pisado estos países, que es necesario oírlo para formarse una idea. Y lo más gracioso es que, después de haber sufrido tanto con aquellas costumbres, no puede sujetarse a los usos y modas de su patria y vuelve a las provincias de Ultramar sin que le den un ascenso ni ventaja alguna. Ínterin permanece en

la caduca Europa echando de menos los almuerzos criollos, y el café con leche, y los plátanos, y los caimitos. No hace más que renegar de la hora en que salió de Cuba o de Manila y dice a cada instante que el ejército de la Península no puede competir con el de allá, porque los soldados son unos *pendejos* mientras no pasan *el charco*. En Ultramar, según él, son las mujeres más bonitas, los jefes más amables y las músicas más armoniosas. Todos los días refiere que en aquellos países tropicales hay ríos de oro, y torrentes de plata, y minas de queso, y fábricas de jamón. Y que son tan pingües las pagas y tan abundantes los recursos, que cualquier oficial encuentra diez mil pesos en un momento de apuro, porque puede pagarlos de su sueldo. En esto tiene razón, pues no hay alférez en Cuba que no pueda reunir mil pesos... en quinientos años.

Por su parte, Agustín Espinosa García (Puerto de La Cruz, 1897-Los Realejos, 1939), destacado escritor integrante del Grupo Surrealista de Tenerife, recopiló una serie de romances que denominó *Romances de indianos* entre los que destaca *El indiano burlado* que empieza así: «Viniendo yo de las Indias, /vide estar en la ventana /un día drento e semana/...».

En la obra del periodista Luis Álvarez Cruz (La Laguna, 1904-Santa Cruz de Tenerife, 1971) encontramos una interesante glosa acerca del esfuerzo denodado y del sacrificio personal que representaba la emigración de los canarios bajo el título de *El canario y el sinsonte* y del que ofrecemos este extracto:

El canario ha sido siempre, en tierras americanas, un hombre que ha elevado a sus más encumbradas notas el himno del trabajo. No es cursilería ni retórica trasnochada, sino la realidad valorada estrictamente. Cuando ha conseguido emparejarse con todos los sinsontes que de diversas partes del mundo afluyen a América en pos de riqueza, sobredora sus alas o se deja el plumaje en el empuño. La cuestión consiste en que canta tan alto como cualquier sinsonte, por muy agudas que sean las notas que este dé. Ayer en Cuba y hoy en Venezuela, solo ha cambiado el signo económico de la divisa. Ayer fueron los pesos, hoy son los bolívares. El canario es el mismo. Hoy, como ayer, continúa emigrando a Améri-

ca, dispuesto a emular cualquier proeza. Muchos han regresado después de cantar su más alta canción. Otros permanecen en la brecha de este afán. Algunos, por fin, hay que suponer que han sucumbido en la faena. Sea como fuere, la realidad es que nuevos contingentes de isleños surcan el Atlántico para medirse con la suerte y poner a prueba sus facultades laboriosas. El periodista a quien he hecho referencia y al que debo la noción de esta hazaña del pájaro canario, en noble lucha frente al sinsonte tropical, me ha hablado además de la estimación de que el 'isleño' goza en América, concretamente en Cuba, escenario de la pequeña historieta que acabo de transcribir. Por eso, porque siempre está dispuesto a alcanzar las más supremas expresiones del esfuerzo, a dar las notas más agudas de su vitalidad. No es como para tomarse a broma la historia, rehuyendo su simbolismo. Pero esto no es nuevo. En su propia tierra ha realizado el isleño este record de superación. Así ha sido reconocido incluso con carácter oficial. Aun en su propia jaula, el canario ha sabido arrancar a su lira vibraciones extraordinarias, pese a un falso concepto de naturaleza propicia, que no lo es tanto como se lo han imaginado muchos, con un criterio poco menos que influido por la antigua leyenda. Y esto es importante. Crear, fundar. Hacer florecer los surcos con su sudor. En una palabra, cantar por todo lo alto hasta dar la última nota.

También al académico Agustín Millares Carlo (Las Palmas de Gran Canaria 1893-1979), en su artículo *El canario de ayer y hoy*, le debemos el certero retrato que hace de la figura del indiano, como se puede apreciar en el siguiente texto:

Hay un sendero largo, sombreado por los árboles de la pomarrosa, y una acequia clarísima en cuyo remanso croan las ranas, al atardecer. Cerca, a dos pasos, está la finca del indiano; él viste amplio traje de seda cruda, con el jipijapa de alto precio y luce sobre el abdomen la rutilante leontina de oro. Es el hombre que estuvo en La Habana, el que amasó su fortuna —Dios sabe a costa de qué sudores y sacrificios— en Venezuela, en el Perú, o en la Argentina. Para el no cultivado cerebro del campesino isleño, la única tierra existente fuera de sus peñas, es La Habana

un sitio misterioso y risueño, especie de tierra de promisión, de donde se vuelve con traje de seda cruda y leontina de oro. Esto es Bana, suele oírse en las islas en tono ponderativo; y todos recordaréis que cuando dos campesinos se hallan en el caso de traspasar juntos los umbrales de una casa, suele oírse un diálogo parecido a este: - Pase, compadre./- No, compadre, pase usted./- Usted primero que estuvo en La Habana./- Bueno; pues a la par y a un tiempo.

La crónica del desarraigo y la pena de las ausencias son vivencias de la emigración secular que supuso una fuente recurrente de inspiración en la que han bebido la mayoría de nuestros principales creadores en todas las épocas. Es el caso de Pedro Lezcano Montalvo (Madrid, 1920-Las Palmas de Gran Canaria, 2002), que desarrolló brillantemente este tema en su célebre poema *La Maleta*.

Ya tengo la maleta/ una maleta grande, de madera: / la que mi abuelo se llevó a La Habana,/ mi padre a Venezuela./ La tengo preparada: cuatro fotos,/ una escudilla blanca, una batea,/ un libro de Galdós y una camisa/ casi nueva./ La tengo ya cerrada y rodeándola/ un hilo de pitera/ Ha servido de todo/. Como banco/ de viajar en cubierta,/ y como mesa y, si me apuran mucho,/ como ataúd me han de enterrar en ella/ Yo no sé dónde voy a echar raíces./ Ya las eché en la aldea.

Liquidación del Imperio ultramarino y emancipación de América

La independencia iberoamericana constituye uno de los más trascendentales capítulos de la historia universal durante el siglo XIX. En Canarias se vivieron esos acontecimientos con una gran intensidad. En 1898 la guerra de Cuba llenaba un gran número de páginas de los diarios isleños y los escritores canarios no vivían indiferentes esta realidad, aunque percibían dicha emancipación con pareceres y sentimientos divididos. Afonso, Pinto, Estévez... simpatizan con ella, pero Pereira Pacheco, Amaranto Martínez de Escobar, Luis Felipe Gómez Wangüermert o Juan Francisco González sienten con pesadumbre la pérdida de las colonias.

La mayoría de los que escriben en la primera mitad del siglo XIX defienden la continuidad del imperio, como sucede con Pereira Pacheco, pues la Iglesia en América fue un fiel aliado de la corona española y un instrumento de dominación. El prebendado Pereira Pacheco, contrario a la independencia, nos muestra en sus escritos un ejército y unas milicias fieles a la monarquía española. En su elogio a las tropas arequipeñas nos muestra el siguiente pasaje: «No hace mucho vi llegar un Ejército (Comandado por Juan Ramírez) que habiendo corrido en sus conquistas desde Tucumán hasta esta Provincia, siendo recibido por las damas... llegaron solteros á Arequipa sus Oficiales, de donde á los meses salieron muchos casados». Pereira en este texto rinde homenaje a la llaneza y capacidad integradora de la tropa realista que según su percepción no siente rechazo a la población poniendo en tela de juicio el mito de la limpieza de sangre.

En contra del sentir de la mayoría de la población local, que estaba a disgusto con la dominación española y en contra del pensamiento liberal de la época, Pereira se muestra opuesto a la desaparición del Virreinato y a la creación de un estado independiente en Perú: «Solo bajo el gobierno Español vivirá el Indio tan vagabundo; y aun así se cree el Indio ostigado (sic) por el Español.(...)...y se convencerán que el Indio solo conoce la libertad desde que es dominado por el Español, una libertad bien entendida, pues no hay vasallo alguno que no reconozca la dependencia de su Soberano».

Dentro de una mentalidad propiamente colonial, Pereira sostiene su discurso apoyándose en la supremacía del hombre blanco europeo:

el europeo tiene más que probada su valía menesterosa al abandonar su país por venir á este sin destino, claro es que no trae consigo otro tesoro que su industria, y el trabajo de su brazo. Por el contrario el criollo a pesar de haber nacido en medio de la mayor opulencia, no aprende otro libro que el juego de naipes, dados... gasta sin saber cuanta es la entrada... la ociosidad se sigue a tropel todos los vicios... haciendo de la noche día la pasa en la casa del juego perdiendo, no ya solo el caudal que heredó de sus padres, el dote de su esposa, sino las prendas mismas...

Del mismo parecer fue Rafael Bento y Travieso (Guía de Gran Canaria, 1782-1831), poeta de pautas neoclásicas y románticas, con hondas raíces en la Ilustración, que alabó el papel de los militares canarios que defendieron los intereses españoles en América, como el de Francisco Tomás Morales.²⁵ De su poema dedicado a la *Villa de Agüimes, visitada por el General Morales* reproducimos el siguiente fragmento: «Él fue del inhumano fraticida/ terror y asombro, y de los nuestros gloria;/ jamás será su fama transitoria».

Los sentimientos acerca de la independencia americana, que se reflejan en la obra de Amaranto Martínez de Escobar y Luján (Las Palmas de Gran Canaria, 1835-1912), son de otro signo más conciliador. Amaranto, abogado que, desde muy joven, colaboró en la prensa del Archipiélago y en varios periódicos de América, fue discípulo de Graciliano Afonso y académico correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando. En sus poemas *La conquista de la Gran Canaria o al Descubrimiento de América*, expresa su profundo dolor por la pérdida de las últimas colonias españolas de Ultramar y la humillación infligida por los Estados Unidos en ese proceso. Cuestiones ambas que deja bien claras en el siguiente fragmento del *Soneto al desastre de 1898*: «Dichosos nuestros padres que ignoraron/ el negro porvenir de tanta ofensa,/ y angustias de la patria no lloraron./ Dichosos, no sufriendo la vergüenza/ al ver que invade una nación extraña/ un mundo descubierta para España». A poca distancia de Don Amaranto se alza también la voz quejosa del presbítero Juan Francisco González, que en sus versos puso de manifiesto el dolor que le causó la pérdida de las últimas colonias: «Pero ¡ay!, lo que más aumenta/ Mi pena, Cuba hechicera,/ Es ver la guerra sangrienta/ Que en tu recinto fomenta/ La turba filibustera./ Guerra que infame procura,/ Ebria de cólera y saña/ Y frenética locura,/ Tras sumirte en amargura/ El separarte de España».

Benito Pérez Galdós, que fue diputado en 1885 en las Cortes españolas por Puerto Rico, simpatiza mucho con Cuba y su compleja

25. Francisco Tomás Morales (Carrizal de Agüimes, 1783-Las Palmas de Gran Canaria, 1845) fue el último militar español que ostentó el cargo de capitán general de Venezuela, llegando a alcanzar el grado de Mariscal de Campo durante la Guerra de la Independencia. Se refiere el poema a que el general fue aureolado en Canarias, como un héroe, mientras que en Venezuela fue denostado por sus abusos.

situación. El 17 de diciembre de 1884 escribe sobre la crisis que atraviesa dicha isla en un riguroso artículo para la prensa de Buenos Aires.²⁶ Describe en su obra *La Desheredada* (2ª parte, 1881, p. 146,) la voracidad expoliadora de ciertos funcionarios españoles en las colonias: «... la Gaceta le nombra... oficial primero de Aduanas en Cuba. Parte decidido a concluir la insurrección, para lo cual no procede llevar tropas a Cuba, sino traerse a Cuba a España. Habas contadas. Él se traerá de seguro las tres cuartas partes de la Isla, o las Antillas todas, dejando vacío el Mejicano Golfo».

Fiel al ideario federalista, Gómez de Wangüemert dejó escrito en su prosa: «En Cuba fui autonomista y español; español y autonomista sigo siendo en esta tierra de mi nacimiento. Años hace, apenas llegado de Ultramar, que aquel Ultramar que perdimos por no concederle las reformas políticas y por otras cosas que mucho se me parecen a algunas sucedidas en esta provincia...». Wangüemert enjuicia implícitamente a Simón Bolívar con solo reproducir la alocución siguiente: «Hallándose Bolívar en Trujillo, en junio de 1813, lanzó aquella tremenda proclama diciendo: *Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes; americanos, contad con la vida aunque seáis culpables*».²⁷

Diferente es la postura de los autores que defienden la emancipación, como los de Graciliano Afonso Naranjo (La Orotava, 1775-Gran Canaria, 1861). Su fuerte personalidad llena de originalidad la literatura canaria del siglo XVIII. Fue dos veces diputado en las Cortes (Cádiz, 1812 y Trienio Liberal, 1820-1823), en donde se alineó en el lado más radical del liberalismo político. Sufrió persecución por la Inquisición y exilio por haber firmado un manifiesto cuestionando la capacidad de Fernando VII para reinar. Estuvo en Trinidad de Barlovento, Cumaná, Puerto Rico, Cuba y Venezuela entre 1828 y 1837, en donde produjo la mayor parte de su obra literaria. En Venezuela conoció al independentista José Tadeo Monagas y comenzó a fraguar un discurso sobre el proceso emancipador de América contrario a los intereses de España. Encontró en América un escenario propicio para escribir con libertad, como si

26. Shoemaker, 1973.

27. Cit. en De Paz Sánchez, 1991.

fuera un americano más pero sin desdecirse de los cánones prerrománticos que le fueron familiares, «un romanticismo impregnado de americanidad, en el cual se mezcla el indígena americano y el insular primitivo —el guanche—, el bucolismo anacreóntico y la selva americana, las traducciones prerrománticas y las lecturas de bibliotecas americanas».²⁸

Afonso se inspiró en el paisaje americano para desarrollar su poesía ya que reconoce en aquellas tierras el paisaje de Canarias y las similitudes entre sus primitivos pobladores, pero, al mismo tiempo, en su obra anterior al *El héroe de Oriente* (oda escrita en 1837, en Trinidad de Barlovento) ya se aprecia una progresiva toma de conciencia a favor de la causa independentista de las colonias españolas en América. Prueba de ello es el poema titulado *A don Antonio Guiseppi en el día de su fiesta*, (1836), donde se puede leer lo siguiente: «Que trabaje,/ el salvaje,/ que despierte el africano, / que en su pecho/ el derecho/ de ser hombre encuentre ufano».

En su oda *El héroe de Oriente* exalta la figura de José Tadeo Monagas (hijo de grancanario y presidente de la República Venezolana, a mediados del XIX), pretexto para alabar la gesta de la independencia venezolana y expresar el horror hacia el despotismo español. El antiespañolismo que se aprecia en aquella composición se repite nuevamente en la *Oda a Colón*, dedicada a Bartolomé Martínez de Escobar, en la que se condena sin rodeos la conquista de América. Idea esta última que Afonso comparte con otros escritores canarios del siglo XIX y principios del XX y que se verá aun más reforzada en otras composiciones suyas como *El juicio de Dios o la reina Ico*, escrita en 1841, en donde hace una dura acusación contra el conquistador.

Del referido poema *El héroe de Oriente* entresacamos algunos versos significativos:

Ved la sin par hazaña,/ una tapia y un hombre vence a España./
Firme os miro sobre el frágil muro,/ leones fieros, de la presa hambrientos,/ que con heroica saña/ salváis a Venezuela del de España./ ...di que a Monagas viste/ y la España a sus pies

28. Cit. en Becerra, 2010.

vencida y triste/ ¡...confunde, dios de los buenos,/ estos esclavos godos-sarracenos;/ laman el polvo si tu nombre ultrajan,/ y escabel sean de excelso trono,/ y ampare a Venezuela/ el dios que da aflicción y consuela!

Al igual que la obra de Graciliano Afonso, la prosa de Mercedes Pinto y Armas Clos (Tenerife, 1883-México, 1976) irradia una gran simpatía hacia la causa y los caudillos latinoamericanos de la emancipación. La autora de *Él*, exiliada durante la dictadura de Primo de Rivera a Portugal, Uruguay, Cuba y México, nieta de un antiguo funcionario de la Audiencia de La Habana, narra el incidente que tuvo en el transcurso de una conversación sobre la independencia de Cuba. Dicha conversación, sostenida en el seno de su familia, muy conservadora, se desarrolló en estos términos: «Y un día noté una alegría inusitada en mi casa. Una frase sonaba en todos los labios: ¡Habían matado a Martí! Mi madre —con un periódico abierto en las manos, contemplaba el retrato de un hombre con este letrero en grandes caracteres: «Muerte del filibustero José Martí». Y la entonces niña Mercedes se preguntaba: —¿Quién era Martí?— «Me lo explicaron bien. Era un malvado, un miserable, un traidor a la patria, que en Cuba se había levantado en armas con otros hombres igualmente malvados». Y la precocidad acuciaba sus interrogantes: ¿Pero qué era la patria? ¿Cuba? — No, la patria era España. ¡Qué lío! ¿Cómo era España la patria de Martí? ¿Pero él no era de Cuba? ¿No estaba Cuba muy lejos, lejísimo de España, y no era una tierra muy grande donde hacía mucho calor y de donde mi abuelo mandaba frutos y juguetes distintos de los de acá? Y el razonamiento infantil oponiéndose: «No, mamá, no. Martí no era un malvado, era bueno, porque la patria de Martí no era España, era Cuba...».²⁹

Conclusiones

La creación literaria permite a la geografía el milagro de propiciar asociaciones e integraciones con otros contenidos, enfoques interdisciplinarios y diferentes emociones, lo que a su vez favorece la

29. Cit. en Cano, 2008.

edificación del conocimiento y que se multiplique, en definitiva, la capacidad operatoria del pensamiento. En consecuencia, las aportaciones literarias de los escritores canarios facilitan el análisis de las geografías subjetivas y de las percepciones espaciales. Al dirigirse a la sociedad insular, un público que conocía y sentía como propia la atlanticidad, los textos seleccionados nos muestran las intercambiables e indisolubles dimensiones de lo real y de lo percibido.

Dichos textos, con sus imágenes, sus referencias toponímicas, su descripción de hechos y paisajes, con sus mitos, geosímbolos y alusiones biográficas, con sus simpatías y antipatías doctrinales, nos han permitido observar, interpretar, identificar, encontrar similitudes y contrastes, clasificar, relacionar e intuir ciertos espacios geográficos americanos y la complejidad que los mismos poseen, como realidades del imaginario de la sociedad insular.

Desde distintos estilos literarios, prosa, poesía y teatro, y desde diferentes corrientes, renacentista, ilustrada, romántica, o realista, los textos seleccionados loan todos ellos la naturaleza americana, la describen como un espacio edénico, pleno de recursos, que representa un goce para los sentidos.

Unos pocos autores relatan los males que ensombrecen ese panorama idílico, la esclavitud y el afán de lucro de los norteamericanos, mientras que en tan solo un caso, encontramos una crítica velada hacia la cultura americana, contraponiéndola a la herencia europea.

En relación con los indios, en los textos de los escritores canarios se desmitifica su figura y se describen situaciones ambivalentes, de éxito y de fracaso. Un particular interés tienen las noticias que informan de la consideración social que merecen a la población insular dichos emigrantes y, aún más interesante, es la descripción de los sentimientos confusos de pertenencia a dos mundos de dichos migrantes (*in-between-ness*), un enfoque que anticipa la perspectiva que adoptan muchos de los análisis que, sobre migraciones, se realizan desde la geografía cultural, en la actualidad.

Por último, un capítulo tan importante de la historia de todos los tiempos, cual es el de la independencia americana, es abordado por los escritores canarios desde distintas posiciones ideológicas, aunque defensores y detractores tienen todos en común la intensidad de los sentimientos con que las esgrimen. No podía ser de otro modo tra-

rándose de un proceso que acontece en una sociedad cuyos derroteros habían corrido paralelos a los de la historia insular de los siglos XVI y XVII, y que reforzaron el torrente migratorio y los flujos de ida y vuelta del XVIII y XIX y parte del XX. La comunión de intereses con América nos ofrece, en consecuencia, extraordinarios pasajes, que nos permiten entender el sentido de la dimensión transfronteriza atlántica canario-americana.

Bibliografía

- ALONSO, M. R. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*. Madrid: Biblioteca Básica Canaria. SOCAEM, 1991.
- ALVAR, M. El camino de las Indias: significación de las Islas Canarias. En *Norma lingüística sevillana y español de América*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1990, pp. 63-84.
- ARMAS AYALA, A. Introducción literaria. *Literatura*. En VV.AA. *Canarias*. Barcelona: Fundación Juan March-Ed. Noguer (Col. Tierras de España), 1984, pp. 105-140.
- ARMAS MARCELO, J. J. *El otro archipiélago*. Santa Cruz de Tenerife: Presidencia del Gobierno de Canarias, 1987.
- ARMAS MARCELO, J. J. *El País*, 11/08/1998.
- ARTILES, J. *Ensayos y estudios literarios (Del siglo XII al XX)*. Las Palmas de Gran Canaria: Ed. del Cabildo de G. C., 1975.
- BECERRA BOLAÑOS, A. Paisaje y memoria literaria. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 2010, nº 56, pp. 425-445.
- BÉDARD, M.; LAHAIE, C. Géographie et littérature: entre le tropes et la chôra. *Erudit*. Document téléchargé le 22 février 2012.
- BERNAL, A. M.; MACÍAS, A. M. Prólogo. En De Nava Grimón, A. *Escritos económicos. Canarias, economía e ilustración*. Santa Cruz de Tenerife: Fundación Insides-Cajacanarias. Universidad de La Laguna, 1988, pp. 46-59.
- BESSE, J.-M. *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010.
- BROSEAU, M.; CAMBRON, M. Entre Géographique et Littérature: frontières et perspectives dialogiques. *Recherches sociographiques*, 2003, vol. XLIV, nº 3, pp. 525-547.
- CABRERA DÉNIZ, G. La Laguna y los indios. *Revista Tèbeto*, 2003, nº 16.
- CANO CASTRO, O. A. Imagen de una ¿desconocida? En Cabrera, O. (Dir.). *Migrações e Fronteiras no Mundo Atlântico*. Goiás: CECAB, 2008, pp. 57-68.

- CARRIÓN ORDÓÑEZ, E. *La lengua en un texto de la Ilustración. Edición y estudio filológico de la Noticia de Arequipa de Antonio Pereyra y Ruiz*. Lima: Universidad Católica de Perú, 1983.
- CHACÓN Y CALVO, J. M. *Ensayos de literatura cubana*. Madrid: Ed. Saturnino Calleja, 1922.
- CLÁSICOS CANARIOS. *Literatura Canaria I y II (S. XV-XVIII y XIX)*. *Estudios preliminares Joaquín Artiles*. Las Palmas de Gran Canaria: EDIRCA, 1988, 2 vol.
- CRUZ TAURA, G. «Espejo de paciencia» y *Silvestre de Balboa en la historia de Cuba*. *Estudio, edición crítica y selección documental*. Madrid: Ed. Iberoamericana. Vervuert, 2009.
- DE IRIARTE, T. *El Señorito Mimado o la Mala Educación*. Edición de Juan A. Ríos. Alicante: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 2002 [1750-1791].
- DE PAZ SÁNCHEZ, M. *Wangüemert y Cuba*. Santa Cruz de Tenerife: CCPC, 1991.
- ÉVORA MOLINA, J. *El poeta Rafael Bento y Travieso (1782-1831)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria (Col. La Guagua nº 65), 1987.
- FRANCISCO GONZÁLEZ, J. *Ecos de Mi Tierra*. Madrid: Imprenta del Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús, 1920.
- FROLOVA, M. y BERTRAND, G. Geografía y paisaje. En Hiernaux, D.; Lindón, A. (Dir.). *Tratado de Geografía Humana*. México: Anthropos Editorial, 2006.
- GARCÍA RAMOS, J. M. *Ensayos del Nuevo Mundo*. Madrid: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1993.
- GÓMEZ WANGÜERMERT, L. Notas de Cuba. Perspectivas favorables para los palmeros. Los preludios de la revolución. *El Tiempo*, 28 de agosto de 1933.
- Notas de Cuba. En torno a la zafta. *El Tiempo*, 8 de marzo de 1934.
- Notas de Cuba. El problema tabaquero. *El Tiempo*, 9 de mayo de 1934.
- GONZÁLEZ YÁNES, E. *El prebendado don Antonio Pereira Pacheco*. 2ª ed. La Laguna: IEC, 2002.
- HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, S. Pereira Pacheco y su visión americana. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 1988, nº 54, pp. 297-331.
- LEZCANO MONTALVO, P. *Paloma o Herramienta (Antología)*. Santa Cruz de Tenerife: Gobierno de Canarias, 2006.
- LLARENA, A. *Espacio, identidad y literatura en Hispanoamérica*. México: Universidad de Sinaloa, 2007.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, A. América y Canarias, relaciones entre. En *Gran Enciclopedia Canaria*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Canarias, 1994, t. 1, pp. 224-228.

- La migración Canarias América. Un proceso histórico socio-cultural. *Guize*, 1995, nº 2, pp. 9-36.
- Teoría e historia de las migraciones. Un caso isleño a debate. En Sánchez-albornoz, N.; Llordén, M. (comp.). *Migraciones iberoamericanas: reflexiones sobre economía, política y sociedad*. Oviedo: Fundación Archivo de Indianos, 2003.
- MILLARES CARLO, A.; HERNÁNDEZ SUÁREZ, M. *Biobibliografía de Escritores Canarios (Siglos XVI, XVII y XVIII)*. Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1977.
- MILLARES CARLO, A. El canario de ayer y el de hoy. *Revista Aguayro*, 1980, nº 120.
- MORALES PADRÓN, F. Canarias en América y América en Canarias. *Revista de Estudios Americanos*, 1956, vol. XI, nº 62, pp. 355-366.
- ORTEGA CANTERO, N. *Geografía y cultura*. Madrid: Alianza Ed., 1987.
- Romanticismo, paisaje y geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX. *Ería*, 1999, nº 49, pp. 121-128.
- La valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Casrilla (1875-1936). *Ería*, 2007, nº 73-74, pp. 137-159.
- PÉREZ VIDAL, J. *Influencias geográficas en la poesía tradicional canaria*. Madrid: Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica (serie B); nº 158, 1944.
- La aportación canaria a la población de América. Su influencia en la lengua y en la poesía tradicional. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 1955, nº 1.
- PÉREZ ZAMORA, A. *Sor Milagros ó Secretos de Cuba*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta Molowny, 1987.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, J. Ochenta años de literatura (1900-1980). En VV.AA. *Canarias, Siglo XX*. Las Palmas de Gran Canaria: EDIRCA, 1983, pp. 101-152.
- SHOEMAKER, W. *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1973.
- VIERA Y CLAVIJO, J. *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias, o Índice alfabético descriptivo de sus tres reinos: Animal, Vegetal y Mineral con las correspondencias latinas*. Prólogo de Manuel Alvar. Las Palmas de Gran Canaria: Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1982.
- *Noticias de la Historia General de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: 8ª Goya Ediciones, 1982.